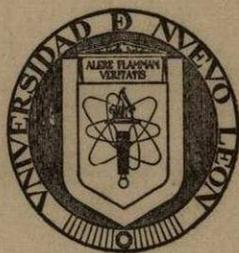


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

18



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1977

colecta, que en ocasiones rayó en limosna, para que su obra pudiera ponerse en letras de molde; y ahora, con el libro bajo el brazo, anda tratando de vender algunos ejemplares a fin de recuperar algo de lo que se gastó en su edición y poder reembolsar a quienes le prestaron para ello.

El caso de Enrique Trujillo no es único en la provincia mexicana. Afortunadamente, muchos como él siguen trabajando con paciencia para reconstruir la historia de sus pueblos o averiguando sobre temas de particular interés.

Dado su poco entrenamiento y la marginalidad en que viven y trabajan estos autores, su empeño y sus frustraciones son desproporcionadamente mayores a los buenos resultados y a las satisfacciones, lo cual va en detrimento de la abundancia de su producción y de la divulgación de ésta.

Frente a tales personajes, no deja de causar cierta vergüenza el despilfarro de recursos que encontramos en donde sí los hay: ediciones lujosas que ofenden por su costo o, simplemente, por inutilidad, supuestos investigadores profesionales totalmente improductivos, suntuosidad sibarítica en recintos académicos, investigaciones de profundidad y preciosismos tales que se abstraen totalmente del contexto de nuestras necesidades y posibilidades, etc.

Es evidente que no todo se puede lograr con sólo entusiasmo y amor. Aunque estas características sean indispensables, hacen falta muchas cosas más.

Ya en 1974, cuando la segunda versión de este mismo Congreso se llevó a cabo en San Luis Potosí, Luis González y González hizo un preciso y ágil señalamiento de los principales defectos que padecemos los historiadores provincianos, por lo que no tiene caso repetirlos aquí en forma que resultaría, sin duda, mucho menos afortunada.

Tampoco es el caso de insistir en el centralismo feroz que ha imperado en nuestra República Federal, el cual, además de canalizar la mayor parte de los recursos al centro —o, por accidente, a alguna de las ciudades grandes del país—, ha privado a la provincia de la convivencia cotidiana con sus mejores hombres, debido a la emigración de éstos en busca de mejores condiciones para su desarrollo.

El caso del propio Luis González es muy claro. Nacido en San José de Gracia, Mich., tuvo finalmente que ir a parar a la ciudad de México para hacerse historiador. Lo que de él es excepcional y digno de la mayor admiración es que, aun viviendo en las entrañas del monstruo no haya perdido su condición de provinciano ni roto el cordón umbilical con San José.

Pero, por contra, la inmensa mayoría de los emigrados, se transterran de

tal manera que acaban reconociendo su lugar de origen tan sólo como un folclórico accidente de su pasado, sin que éste se vislumbre siquiera en su quehacer cotidiano y, a veces, ni siquiera en sus propias obras.

En Jalisco, por lo menos, no son escasos los personajes que sólo se preocupan de sus paisanos cuando se trata de recibir algún beneficio por parte de ellos.

Sin gentes y sin recursos no es inexplicable la aridez historiográfica provinciana de los últimos sesenta años, pero hay algo que se respira en el ambiente, que despierta la ilusión —esperemos que no sea tan sólo una ilusión— de que las circunstancias empiezan a ser favorables para que las cosas cambien.

El hecho de que exista la Asociación Mexicana de Historia Regional, A. C., —desde su nacimiento con muy buenos timoneros— y el hecho de que se esté celebrando el III Encuentro de Historiadores de Provincia, son ya indicios halagadores de una toma de conciencia y del ansia colectiva de hacer las cosas mejor.

A través de estas reuniones, hemos tenido el grato conocimiento de la feliz existencia y empeño en provincia de algunos centros de investigación histórica de reciente creación, que, aun con modestia, han roto ya las hostilidades en contra del letargo padecido hasta hoy. Pero además hemos empezado a ver instituciones del centro, tradicionalmente centristas y centralizadoras, que han empezado a proyectar algunos de sus recursos hacia la provincia.

Tal es el caso de los seis Centros Regionales que el Instituto Nacional de Antropología e Historia ha creado en diferentes ciudades de México durante los últimos cuatro años, gracias a los cuales se han reintegrado a su provincia gentes que estaban destacando en su especialidad fuera de ella, se ha logrado que algunos capitalinos a ultranza se enteren de que el país no limita con los Estados Unidos en Cuautitlán y que la carretera México-Acapulco no es la única que tenemos, y por último, se nos ha dado la oportunidad a otros, que estábamos tratando de aferrarnos a la provincia, de consolidarnos en ella trabajando cómodamente en lo que realmente nos gusta.

Por otro lado, estos centros de trabajo, han servido para violentar muchas cosas y lograr un mayor reconocimiento de la importancia y la necesidad de llevar a cabo una verdadera investigación.

La Universidad de Guadalajara, por ejemplo, ha respondido ya al acicate que ha sido el Centro Regional de Occidente.

Hasta hace pocos años, esta casa de estudios disponía tan sólo de algunos nombramientos de investigadores "de tiempo completo" detentados por gentes que los entendían como una digna jubilación o recompensa que no los obligaba a nada.

Pero en menos de tres años, han creado dos centros de investigación afines a nuestra disciplina, los cuales, desafortunadamente, se han enfrentado con el grave obstáculo de que no tienen investigadores debidamente capacitados como tales. Uno de ellos, denominado Instituto de Estudios Sociales, ha echado mano de jóvenes de vocación y talento y se ha sabido apoyar en algunos organismos capitalinos, con lo que augura buenos resultados; el otro, adscrito a la Facultad de Filosofía y Letras, también apoyado en jóvenes, pero sin las cualidades mencionadas, se ha pasado no sé cuanto tiempo estudiando a Egipto —sí, al Egipto con que nos empiezan a enseñar la Historia Universal en la secundaria— con los resultados previsibles para cualquiera que tenga un palmo de sentido común.

Estas circunstancias son las que nos deben de hacer meditar, puesto que todo indica que ya es tiempo de abandonar las lamentaciones para empezar a actuar y, para ello, no vendría mal una adecuada planificación.

Aparte de lo importante que es velar para que los pocos elementos disponibles no se desperdicien en manos de gentes cuyo único mérito es el de haberse sabido ganar la gracia de algún alto funcionario, lo cual atañe más a cuestiones éticas o políticas que propiamente historiográficas, creemos que es importante que se medite cuidadosamente hacia dónde deben dirigirse los esfuerzos y cómo deben canalizarse los recursos.

Obvio es que aun el trabajo de un aislado historiador provinciano no debería de imaginarse abstraído ni de su contexto ni del marco de necesidades tanto del medio ambiente que lo rodea; como de los colegas que, a su vez, también andan en estos menesteres. Por ello, aunque sabemos bien que el trabajo en equipo es prácticamente imposible fuera de los centros formales de investigación, no es tan difícil que, aun quien trabaja más alejado de los demás, piense un poco en éstos cuando está desarrollando su trabajo de historiador.

En última instancia, creemos que la historiografía regional mexicana debería de trabajar, en su conjunto, con la finalidad última de aportar material dirigido a la conformación de una buena y amplia visión de la región correspondiente.

Precisamente el poderle explicar a nuestros paisanos lo que hemos sido,

es en lo que podemos servir a la sociedad regional a la que pertenece cada uno de nosotros, en vez de permitir que la falta de autoconocimiento debilite aún más nuestra personalidad y nos haga presa fácil de la implementación de formas de vida excesivamente ajenas.

Vale aclarar que no se pretende sostener una posición individualista y reaccionaria que nos aferre únicamente al pasado y al interior de nuestras cuatro paredes, puesto que nuestra aspiración máxima es la de que cada uno de nuestros pueblos pueda participar y aportar en un contexto más general, en una forma armónica, habiendo entendido y asimilado perfectamente lo que es y ha sido.

Válgase un ejemplo: si hubiera un cabal conocimiento histórico de nuestra arquitectura habitacional, de las razones que la motivaron, de su funcionalidad y de sus éxitos y fracasos, tal vez se podrían descubrir modelos más auténticos que nos llevaran al diseño de casas habitación adecuadas a lo que realmente necesitamos, en vez de encarcelarnos en muros cuya ubicación se diseñó para otras latitudes, longitudes o altitudes y que nos fuerzan artificialmente a cambiar nuestra forma de vida hogareña.

Insisto en que no se trata de copiar o sostener a capa y espada modelos del pasado, sino de dar a éstos la evolución lógica que deberían de haber tenido a fin de derivar en algo acorde con lo que hemos sido y, por consecuencia, con lo que somos.

Aceptando la necesidad de que, tanto el especialista como el profano necesitan del conocimiento histórico, los historiadores estamos obligados a proporcionárselo precisamente al nivel y en la forma en que éste lo pueda alcanzar: lo mismo al analfabeto y al especialista de la disciplina más ajena a la historia, que a aquél que se mueve en áreas del conocimiento muy cercanas o iguales a las nuestras.

No se trata, en el fondo, de la obligación de hacer varias historias, sino de obtener, entre todos, un conocimiento lo suficientemente amplio y bien estructurado como para poderse presentar y divulgar después de diferentes maneras, a diferentes niveles y con diferentes grados de profundidad, por quienes tengan las cualidades específicas para ello.

Se trata, en fin, de que el esfuerzo individual pueda derivar en algo de verdadera utilidad colectiva, con lo cual se ganaría un mayor reconocimiento social de la importancia de lo que estamos haciendo, el cual, a su vez, se revertiría en mejores condiciones de trabajo para todos.

Es evidente que no es ésta una empresa fácil y breve, pero también lo

es que no se trata de algo inalcanzable, sobre todo si, repito, se piensa un poco en los demás cuando se está realizando el trabajo propio.

Para ello hay ya una serie de cosas de gran utilidad que se están haciendo y que nos marcan pautas a seguir; reedición de documentos y textos antiguos, las monografías de pueblos (como en el caso del citado Trujillo o del conocido y alabado por propios y extraños de Luis González) índices y catálogos de archivos o colecciones documentales que atenúan la deficiencia de nuestros repositorios (en lo cual tan brillante papel han realizado Israel Cabazos y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Tamaulipas y en lo que los Centros Regionales del I.N.A.H. están dedicando nutridos esfuerzos con resultados concretos ya en Hermosillo, Puebla, Oaxaca y Guadalajara). Bibliografías más o menos seleccionadas (como la que Mario Colín auspició en el Estado de México, tan digna de ser imitada) biografías, en lo que somos tan prolíficos, sobre todo cuando se trata de héroes, etc.

Todos estos son caminos que redundan en trabajos de gran utilidad para todos; sin embargo, no todo lo que se hace se hace realmente bien:

1o. Si las ediciones de textos antiguos o de documentos no están dotados de las anotaciones, aclaraciones, y, sobre todo, de los índices necesarios, la utilidad de estos empeños se reduce sensiblemente.

2o. Si las monografías locales no están bien apoyadas documentalmente y el autor, en forma egoísta, no exhibe sus fuentes de conocimiento o el origen de su información, su valor se reduce casi al cero.

3o. Si los catálogos e índices no se hacen con rigor y mucho cuidado, no sirven absolutamente para nada.

4o. Si las biografías no prescinden un poco de tanta pasión y se preocupan un poco más por la ubicación del personaje en su medio ambiente, podrán tener gran valor novelesco pero no histórico.

5o. Precisamente el hecho de que un centro de investigaciones, integrante de una universidad de una de las provincias más mal estudiadas, haya invertido el sueldo de supuestos investigadores en rastrear ires y venires de los faraones, nos lleva a precisar que la planificación debe llevarse seriamente también a la temática de la investigación misma.

Sobre ello es en lo que me gustaría insistir, a partir de la experiencia vivida durante los tres primeros años de existencia del Departamento de Historia del Centro Regional de Occidente.

Esta dependencia, al nacer, se encontró también con el inconveniente de no disponer de personal debidamente capacitado para la investigación, quedando bajo la jefatura y dirección de quien estaba más en condiciones de ser jefaturado y dirigido.

Ello nos sirve ahora de disculpa —no sé si válida o no— para los graves errores cometidos durante los primeros meses. Pero echando a perder también se aprende y más aún cuando se busca el asesoramiento de instituciones y colegas de mayor experiencia. De tal manera, pronto decidimos rectificar totalmente el rumbo y ponernos a trabajar en cuatro direcciones diferentes.

La primera, ya citada, fue la de poner al abasto de cualquier interesado el inventario de algunas colecciones importantes de documentos, como lo son las 234 *Misceláneas* que constituyen una primera serie de esta índole que se encuentra en la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco, la cual ya se publicó en forma provisional y pronto se hará en forma más completa y definitiva. Por otra parte, ya está a punto de entrar a prensa un catálogo del Archivo o colección de *Bienes de Difuntos*, del Archivo de Instrumentos Públicos de Guadalajara, sobre el cual no hacen nada quienes está a cargo de él, y apareció publicada ya, hace años, una colección de documentos en torno al *Federalismo en Jalisco* (1823).

Otra actividad, a menudo olvidada por los centros de investigación muy sesudos, es la de divulgación, a la cual nos obligan los preceptos básicos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, pero que nosotros abordamos con especial entusiasmo.

Aparte de la tradicional exposición de temas mediante artículos periodísticos y conferencias, hemos hecho algo sobre lo que me gustaría insistir.

En Jalisco, como en muchas otras partes de la República, la buena información sobre su historia es difícil de conseguir y, lo que es peor, lo que a veces está más al abasto son textos de pésima calidad y totalmente deformadores. Lo bueno, proveniente de plumas tanto locales como foráneas, se halla diseminado y escondido en publicaciones modestísimas, muchas veces totalmente agotadas, o en revistas especializadas, en castellano o en cualquier otro idioma, muy difíciles de localizar y de costear debido a nuestras modestias y carencias.

Por otro lado, la última obra de historia general de mi Estado es la de Luis Pérez Verdía, que data de 1910, la cual a pesar de haberse reeditado en 1952, está prácticamente agotada o a precios exorbitantes en las librerías que conservan algún ejemplar.

Como puede imaginarse, aparte de lo difícil que es conseguirlo, este libro se encuentra en el caso de la poca utilidad que implica su vejez, a pesar de que, a la fecha, los jaliscienses no hayamos sido capaces de escribir un libro mejor y más adecuado a las necesidades de nuestro tiempo.

Esta situación ha ocasionado un alarmante desconocimiento de su propio pasado entre los jaliscienses.

Una somera investigación, llevada a cabo por el Departamento de Educación Pública de Jalisco, en 1971, sobre el desconocimiento de la historia local en las secundarias oficiales y privadas, se vio que:

- 1o. no estaba mencionada en los programas.
- 2o. que los alumnos acusaban a los maestros de no saber nada al respecto.
- 3o. que los maestros reconocían el hecho y responsabilizaban, a su vez, a los centros donde ellos se habían capacitado y a la ausencia de material asequible donde se pudieran informar sobre el asunto.

Reconociendo lo prematuro que era lanzarse a llenar el hueco que en 1910 había llenado Pérez Verdía, pensamos en violentar las cosas de tal manera que, haciendo trampa, pudiéramos eliminar la excusa de la falta de buen material y, al mismo tiempo apoyar a cualquier estudioso serio —principiante o experimentado— poniendo a su alcance material de buena calidad que, ordenado sistemáticamente, resiguieran todo el devenir jalisciense hasta donde el propio material lo permitiera.

De ahí nos lanzamos a la tarea de localizar textos que debían tener, además de las limitaciones de extensión que cualquier editor nos impondría, las características siguientes:

- 1) haber sido escrito después de 1910, esto es, posteriores a la publicación de la *Historia Particular del Estado de Jalisco* de Luis Pérez Verdía.
- 2) buen nivel de investigación y lenguaje asequible. Una vez hecha la primera selección (de la que emanó una amplia bibliografía cuya publicación podría ser útil), se hizo lo siguiente:
 - a) se eliminaron algunos de los trabajos que versaban sobre el mismo asunto que otros de mayor calidad.
 - b) se incorporaron otros trabajos desechados en la primera selección por abordar temas que, de otro modo, hubieran quedado vacantes.

Finalmente, todo se organizó lo más sistemáticamente que se pudo y se dio a la imprenta. De ello ha aparecido ya el primer volumen: *Lecturas Históricas de Jalisco —antes de la Independencia—*, del cual nos sentimos más orgullosos por la utilidad que va a tener que por el mérito intrínseco de nuestro trabajo. El segundo volumen —*Después de la Independencia*— entrará en prensa próximamente, si es que no lo ha hecho ya.

Afortunadamente, nuestra creencia de que estos trabajos deben repartirse en otras partes de México, es ya compartida por varios colegas. A la fecha tenemos noticia de que se están empezando trabajos similares en Guanajuato, Sonora, Veracruz y el Estado de México.

En este mismo sentido de divulgación, a más de la preservación del patrimonio actual, el Centro Regional de Occidente ha hecho algo más, seguramente ya del conocimiento de los asistentes, como lo es el hecho de que el 3 de julio pasado se reinauguró —después de una *reanimación total*— el Museo Regional de Guadalajara en uno de los edificios más bellos de la ciudad.

Estamos seguros de que, una vez precisados los detalles que se dejaron en el tintero a causa de una inauguración precipitada por motivos no académicos y totalmente ajenos a nuestra voluntad, el Museo podrá divulgar dignamente el conocimiento del pasado de Jalisco.

Como es de esperarse, aun a riesgo de abrumarnos con un trabajo excesivo y diverso, ninguno de los cuatro miembros del Departamento de Historia estaba dispuesto a prescindir de la investigación misma y de la elaboración de trabajos emanados de ella.

Aun cuando nos dimos cierta liberación en cuanto a la elección de los temas, se procuró que cada quien tomara caminos diferentes que implicaran, incluso, el manejo de fuentes diversas, pero sin que se dispersaran tanto como para no podernos auxiliar entre nosotros mismos en la obtención de datos y los trabajos finales no pudieran conectarse entre sí.

Uno de ellos fue la *Vida Política de Jalisco 1821-1833*, que acaba de salir de las prensas por cuenta del Gobierno del Estado. Los otros son: *Las festividades públicas de Guadalajara* (de 1808 a 1828) y *La Intolerancia religiosa en Jalisco*, entre 1823 y 1857, que están a punto de salir de las prensas del I.N.A.H., y el último, *Historia de las Divisiones Territoriales de Jalisco*, que ya apareció publicado recientemente.

De todos creo que podemos estar más o menos satisfechos, puesto que han abierto campos prácticamente vírgenes hasta la fecha, aunque todos son susceptibles de ser mejorados por propios o por extraños; pero sobre el último

título me gustaría insistir un poco, y no propiamente porque sea el que me tocó a mí firmar.

Este tipo de estudios, en los cuales se resigue un problema desde sus orígenes, aunque sea difícil alcanzar una profundidad envidiable, son de los que mayor utilidad pueden tener para los colegas y para trabajos posteriores que uno mismo quiera emprender, dada la perspectiva general que abren y, al mismo tiempo, la sugerencia de infinidad de asuntos particulares que acarrearán.

Cualquier trabajo de esta naturaleza, sea de las divisiones territoriales, de la deuda o la inversión pública, de la escolaridad, de las comunicaciones, de la industria, de las actividades artísticas y literarias, de la historiografía misma o de cualquier otro asunto que esté presente en todas las épocas, aporta información muy útil para el estudio de cualquier otro tema más acotado en el tiempo y en el espacio, sugiere infinidad de investigaciones nuevas y, sobre todo, va dotando al conocimiento del pasado de columnas vertebrales que le sirven para ir adquiriendo mayor cuerpo y sentido.

Me imagino que la forma de ir construyendo cualquier cosa, aunque sea algo tan vago como el conocimiento, es la de consolidar primero una estructura sólida —esquelética si se quiere— a la que después se le podrá ir dando la forma deseada.

En el caso concreto de la *Historia de las Divisiones Territoriales de Jalisco*, alcanzamos a tener grandes satisfacciones, aun antes de que se editara viendo cómo varias personas que estaban escribiendo sobre sus diferentes pueblos, se entusiasmaban al encontrar en el manuscrito la información necesaria sobre el lugar geopolítico ocupado por su localidad a través del tiempo; viendo cómo varios forasteros, nacionales o del extranjero, mostraban su agradecimiento por el ahorro de energías que les representaba localizar, en forma clara, la división política de regiones de su interés; viendo cómo algunos se interesaban por estudiar algunos problemas planteados y cómo, nosotros mismos, obteníamos de ahí la idea y la estructura de nuevos proyectos de investigación.

He de confesar que jamás pensamos, al iniciar el trabajo o durante la elaboración del mismo, la gran ayuda que representaría para otras investigaciones la simple presentación organizada, de los ires y venires de las demarcaciones que el hombre, artificialmente, ha impuesto sobre el mapa de Jalisco a través del tiempo.

Sin embargo, conviene aclarar una cosa, por si alguien se animara a em-

prender un estudio similar, hasta la fecha el número de interesados no ha pasado de 30 y no esperamos que sean muchos más, ahora que se ha editado. . .

Una última dirección que hemos dado a nuestro trabajo no merece mayor mención: se trata de la asesoría solapada a ciertas gentes que han recurrido a nosotros para hacer su tesis universitaria, ante la imposibilidad de encontrar el catedrático que les preste la atención debida por falta de tiempo, de interés o de capacidad. En este caso, hay que hacer las cosas con discreción para no herir susceptibilidades, pero no creemos que deba desaprovecharse el entusiasmo de quien ve en su tesis algo más que un simple trámite.

En suma, lo que hemos querido plantear aquí es el hecho de que es necesario olvidar un poco las lamentaciones en beneficio de la acción; y que, aun dentro de nuestra pobreza de recursos, es posible mejorar la satisfacción de nuestras necesidades historiográficas si esta acción puede coordinarse, organizarse y sistematizarse en formas de trabajo verdaderamente útiles.

Exposición del virrey para pacificar a los rebeldes jonacos.

Don Luis de Guzmán, religioso de la Orden de Predicadores, fue enviado por el virrey Duque de Albuquerque a la Sierra Gorda, con el título de Capitan General, para iniciar a los rebeldes jonacos, el año de 1704.

Por los informes que envió al padre Guzmán el virrey durante ese año, se ven entre las causas que motivaron la gran rebelión de 1703, las medidas adoptadas por el Oidor Zamora y Arce, la situación de las cuadrillas de los rebeldes, con la delimitación de la propiedad de sus tierras, por las que lucharon desesperadamente hasta perder algunos de ellas la vida.

En primer lugar vamos a ver cómo estaba repartida la tierra entre las cuadrillas de los jonacos que habitaban esta región.

Forma en que tienen repartida la Sierra Gorda los indios que están aliados en ella.

Estaban organizados en cuadrillas que comprendía extensiones de tierras, cada una o gobernada por una familia indígena, de la siguiente manera:

Alonso de Tovar Tariz a quien llamaban "el Cabrero" y sus hijos eran

* Trabajo presentado al III Encuentro de Historiadores de Provincia, Monterrey, Sept. 1976.